

“Esa porfiada, testaruda memoria que tienen las mujeres”: entrevista a Ximena Valdés

Por Antonieta Vera
Universidad de Chile
antonietavera@u.uchile.cl

- Queríamos hacerte una entrevista que tuviera que ver un poco con tu vida, con tu trabajo, y con las cosas que están pasando hoy en Chile con relación al feminismo. Lo primero que te quería preguntar era tu genealogía en relación a tus intereses en la teoría de género, en los estudios feministas... cómo se empieza a armar esa motivación, esa curiosidad.

Mira eso se empieza a armar por las casualidades de la vida. A fines del 67' me casé con un francés, un físico nuclear, y partí a París. Mi hijo nació el 2 de mayo del 68' en París, después de la manifestación del primero de mayo, de caminar no sé cuántas cuadras (...) Yo era súper chica, inconsciente, indolente.

- ¿Qué edad tenías ahí?

Veintiuno. Y bueno, la experiencia de mayo del 68' fue radical en mi vida quizás más que la UP. En ese entonces era una cabra chica, indocumentada, ignorante, patúa, en mayo del 68'. Antes de llegar a París había estado un mes en Senegal ahí con los leones... Yo estudiaba geografía en el pedagógico de la Chile, acá. Y continúe mis estudios

en Geografía en Francia estando embarazada y luego con crío y todo. Me hicieron las equivalencias, saqué la licencia allá, y para la UP nos vinimos. Era el tiempo de Régis Debray, de los franceses que querían ir a hacer la revolución en América Latina, toda una constelación de ideas y de hechos. Bueno, se quiso venir el Jean Pierre. Yo también me quise venir, y estuvimos para la UP acá.

- ¿En qué año llegaron?

En el 70'. Alcancé a votar por Allende aunque yo no era allendista, era maoísta. Encontraba en esos años que la UP era lo peor de lo pequeño burgués... ¡las cosas que uno piensa cuando es bien chica! Y nos quedamos acá, él se reintegró a la Chile, en la Escuela de Ingeniería, yo me reintegré a la Escuela de Geografía en la Chile, y nos metimos a trabajar en lo que hacía todo el mundo joven en esa época, fuimos a trabajar con los mapuches de puerto Saavedra, Tirúa, politización, capacitación... lo que uno hacía en esos tiempos.

Yo me fui con una amiga, la Cristina Hurtado. Nos fuimos con una batería, con un proyector de películas, y dábamos en las comunidades a los mapuche la historia del movimiento obrero. Y llevábamos libros rojos, de Mao Tse-tung. Bueno, todo ese período fue un período bastante interesante pero con género, con feminismo, cero, nada. Yo nunca... y aquí en Chile tampoco, no había ninguna inclinación en la gente de la UP ni en los otros menos, los maoístas...

Escuchando hoy día las grabaciones de *France Culture* sobre análisis de mayo del 68'...nunca hubo una mujer que tomara la palabra en mayo del 68'. Nunca. Eran los líderes hombres, los troskos, los mao, otros... entonces hasta ese entonces nada.

Hasta que tocó... bueno vino el Golpe. Ahí nos echaron de la Escuela de Geografía, yo era dirigente ahí en la Escuela con otros compañeros. Volví a Francia en enero del 74.

- ¿De nuevo?

Si, en enero del 74', con un segundo marido. Porque ya me había separado (...) Y ahí yo conocí, a raíz de un aborto que me hice, y a raíz de otras cosas, al Movimiento de Liberación de la Mujer y a las

médicas que hacían abortos por absorción, unos abortos súper fácil, que no era el raspaje. Y ahí me hice un aborto y me empecé a meter un poco con las mujeres.

- A partir de esa experiencia.

Bueno, mi padre era médico, mi madre enfermera. Nunca nadie dijo nada contra el aborto (...) Y empecé a conocer a estas mujeres, casas de acogida, activistas feministas. Y en el 78', yo dije o me vuelvo ahora a Chile, o no me vuelvo nunca. Porque mi hijo tenía 12 años ya (...) y además tenía nacionalidad francesa... y decidí venirme sola.

- Sin el marido. Sin el sociólogo.

Si quería se venía y si quería se quedaba allá. Al final se vino, después me separé igual. Y me vine, con el cabro chico me vine, llegué a esta casa, que me la regaló mi madre porque mi madre se fue exiliada a México, porque tenía un marido de la UP y toda la historia que sobrevino con el exilio.

Ese sociólogo era muy amigo de Faletto y del grupo de los socialistas, sociólogos socialistas. A él le hicieron un huequito en la FLACSO, en el local de la FLACSO en José Miguel Infante, y yo me colé y me instalé también en una oficina en la FLACSO, sin tener derecho a pataleo ahí en esa historia... Ahí conocí a la Julieta Kirkwood, y ahí comenzó toda una nueva historia... Nos empezamos a juntar con once mujeres más, unas que venían de un grupo más como de la Católica creo, otras de la Chile, otras extranjeras, una uruguaya, y armamos el Círculo de Estudios de la Mujer. Y ahí nos cobijamos bajo la Academia de Humanismo Cristiano, cuando estaba el Cardenal Silva Henríquez. A todos estos grupos expulsados de las universidades los cobijaba la Academia... Y ahí estuvimos como 4 años hasta que el cura Poblete nos echó a patadas para afuera porque hablábamos de divorcio y aborto.

- Ya. Renato Poblete.

Sí. Y ahí nos dijeron que estábamos convidadas a irnos. Fue el que comunicó que hasta ahí no más llegaba nuestro vínculo. Y ahí armamos el CEM, con el grupo que trabaja hasta ahora Rosalba Todaro, Gálvez, Vicky Guzmán que se vino después de Perú para allá también. Armamos el CEM y en el 90' armamos el CEDEM porque nos escindimos, separamos la parte urbana de la rural.

- O sea, fue una decisión que tuvo que ver contigo también.

Conmigo, sí. Y nos separamos y seguimos nosotras con la parte rural, las relaciones con las mujeres indígenas. campesinas y temporeras.

- ¿Por qué te hacía tanto sentido, una separación desde ese eje, de lo rural y lo campesino? Porque uno podría haber pensado en otro tipo de distinciones, no?

Es que eran perfiles distintos, yo me entiendo requeontra bien con las mujeres del CEM, pero el CEM era más de investigación pura, y nosotras éramos más de activismo e investigación me parece.

- Ya.

Y nos llevábamos metidas con las viejas en el campo y las viejas traían las lanas, los pollos, los huevos... era una estética de verdad muy distinta... Y armamos como tres cosas en esa época me acuerdo: las que trabajaban con mujeres mapuches que eran la Sonia Montecino y la Angélica Wilson, que hasta ahora trabaja conmigo Angélica Wilson. Ellas armaron la Casa de la Mujer Mapuche en Temuco. Nosotros armamos la Escuela de Mujeres, que trabajamos más bien con ese mundo social que era la herencia del inquilinaje, la hacienda, los fundos y todo eso, y también armamos la Cooperativa Almacén Campesino, entonces esto era puro activismo para fortalecer la organización de las mujeres del campo y toma de conciencia de su situación. Lo mismo que habíamos hecho en los colectivos de toma de conciencia en el Círculo lo hacíamos con mujeres de colectivos de fundos, de pueblos, de sindicatos... Lo pasamos muy bien en esta

época aunque estaban los milicos y el miedo, lo pasábamos súper bien montando la Escuela de Mujeres. Era un régimen de internado, donde venían mujeres que habíamos conocido a través de otra estrategia: hicimos un libro que se llamaba Historia Testimonial de Mujeres del Campo, en el 83'. Y a través de ese libro, las que trabajaban con las mujeres mapuche se instalaron en Temuco y alrededores, y nosotras con gente de la zona central, y aymara, hasta el norte.

- ¿Quién financiaba esa investigación?

No era propiamente investigación, aunque también hacíamos investigación. Era capacitación y promoción de la organización y la defensa de los derechos de las mujeres. Una agencia de Holanda nos apadrinó desde octubre del 81' hasta el 94'.

- Harto tiempo.

Yo llegué a Chile y no me acuerdo cómo conocí a una mujer que es muy amiga mía hasta ahora, que trabajaba con los sindicatos agrícolas, del partido comunista y socialista y luego nos fuimos conociendo más en la elaboración del libro de las Historias testimoniales de las mujeres del campo. Y a través de ella me vinculé con mujeres dirigentes campesinas que venían de la Reforma Agraria. Y a través de las historias testimoniales, con mujeres de grupos, mujeres comunes y corrientes de fundos, de industrias... Entonces invitábamos a esta Escuela, a este grupo de mujeres, que eran treinta o cuarenta mujeres. La Escuela la hacíamos en una vicaría que quedaba por ahí por Macul.

- O sea siempre tuviste vínculo con la Iglesia tú.

Yo nunca he tenido vínculos con la Iglesia porque soy lo más atea que hay (risas).

- Pero en el fondo todas esas instancias...

Por las circunstancias políticas, ¡claro! Entonces hacíamos estas Escuelas en estas vicarías, con metodología de toma de conciencia,

trabajamos mucho recuperando la historia de las mujeres, creamos una pequeña colección de libritos que llamamos Biblioteca de la Mujer que reunían historias de vida de mujeres de distintos lugares. Yo siempre hice historia de las mujeres, historia de la resistencia de las mujeres, de la lucha por el voto... La Escuela la hacíamos con muchos momentos lúdicos, con las campesinas. Qué sé yo, fiestas de disfraces, fiestas, fiestas ¡muchas fiestas! Y claro, estábamos en plena dictadura, por ahí nos sacaban la cresta... pero teníamos todo este espacio que ¡era de una creatividad enorme!, tiempos y momentos de alegrías, de tejidos de vínculos enorme. Yo me hice amiga de muchas mujeres hasta ahora, y hasta ahora son parte de mi vida. Entonces la Escuela fue como una Escuela de Cuadros construida en base a una pedagogía feminista que fuimos construyendo paso a paso con el equipo. Después formamos esta Cooperativa porque nos dimos cuenta que: uno, las mujeres del campo tenían o salario, o productos: las cebollas, las nueces, y así, o las artesanías. Y en las artesanías, nos dimos cuenta o conocimos o aprendimos que las artesanías eran fundamentalmente femeninas, y no masculinas, y eran un modo de resistencia a la descomposición campesina. Entonces, tú tienes pocas tierras ¿cómo te las arreglas para vivir? inventando otros ingresos, que pueden ser la producción de huevos o las artesanías. Y en esa época, en 1986, hice un estudio en Pomaire que fue clave para mí, para entender cuál era el papel de las mujeres en estas economías campesinas y en esta resistencia al deterioro, por pérdida de tierras, por pérdida de aguas. Entonces la historia de Pomaire es re bonita porque viene desde la encomienda, pueblos de indios, traslado de pueblos de indios, alfarería masculina con grandes vasijas, femenina con piezas chicas casi todas para la cocina y elaboración de alimentos, y ahí le tomé el peso al papel que tenían las mujeres en el campo en cuanto a resistencia, poder, prestigio, autonomía. Cómo las jefas de hogar, por ejemplo, en el léxico moderno, entendías cómo las mujeres solteras se la podían bancar solas, a través de la venta de artesanías, y a través del control del oficio, y el dominio del oficio y del prestigio que eso les otorgaba en la comunidad local.

Y entonces bueno, a raíz de esto, y de otras cosas más, armamos esta cooperativa que era un lugar que funcionaba en Bellavista, donde las viejas y los viejos, indígenas y no indígenas -así les decíamos-

llevaban sus productos, sus cacharritos, sus ponchos, sus canastos y todas sus güüifas y los vendían acá en Santiago, todo ello en momentos de una cesantía y niveles de pobreza enormes. Y nosotras, con fondos de los holandeses, teníamos un fondo rotatorio que nos permitía pagarles al tiro lo que para ellas y ellos constituía una pequeña entrada en dinero en circunstancias de muchas necesidades..

- Como darles una estabilidad...

Claro, en las ventas, en un período en que había un 20, 30 por ciento de cesantía, y se moría de hambre la gente. Entonces armamos esta historia, esto debe haber sido el 86’.

- En Bellavista como cerca de...

Con Santa Filomena. Ahí quedaba.

- ¿El CEDEM estaba por ahí, o no?

Ahí en el segundo piso, si era en el primer piso la Cooperativa.

- Ah!;era en el mismo CEDEM!

¡Sí, sí, sí! Y ahí se lograron varias cosas, de las que me acuerdo... que perfeccionaran su producción, que hicieran cada vez mejores productos... porque al principio era un desastre en algunos casos, las aymarás -los aymarás son como los fenicios de la costa pacífica- vendían lana, lana de alpaca y de llama pero en las madejas ponían (se pesaba la lana) adentro de cada madeja venía una piedra, mientras que las chilotas traían la lana húmeda y de esta forma la lana pesaba más.

- No te puedo creer (risas)

Secas pal negocio. Eso era muy chistoso pero así no se podía funcionar. Se lograron algunas cosas, mejorar la producción por ejemplo además del desarrollo de estrategias colectivas: las mujeres de Pomaire conocieron a las de Quinchamalí, las de Quinchamalí a

las mapuches... Entonces en este colectivo de mujeres que difería de la experiencia de los centros de madres que hubo desde el gobierno de Frei para adelante, las mujeres intercambiaban conocimientos y hacían amistades. Había una señora acá en el fundo de Lo Ermita que decía: "sí, porque las aymarás dicen que teniendo ganado no se necesita marido". Son cuestiones que nunca te olvidas, porque te quedan. Y se empezaron a fortalecer los procesos de autonomía, a sacar el habla, a desarrollar la capacidad discursiva...

- Pero en esta Escuela, ustedes tenían una metodología de trabajo así como estructurada, fueron improvisando, ¿Cómo lo pensaron?

Fuimos aprendiendo, fuimos improvisando, fuimos aprendiendo de lo que nosotras mismas hicimos como colectivos feminista, fuimos metiéndole un poco de la educación popular, fuimos metiéndole de lo que sacas de la manga y encuentras apropiado. Estaba la Vicky Quevedo en esa época, la Vicky tiene un sentido del humor para levantar muertos y ella es como muy buena en toda la cuestión pedagógica, es excelente la Vicky. Y el equipo era más o menos cohesionado.

- ¿Ustedes eran amigas?

¿Antes?

- En ésta época. O sea, las mujeres que son como... históricas del feminismo. Como la Vicky Quevedo, la Vicky Guzmán, la Sonia, tú...

A ver, a la Vicky Guzmán yo la conocí en París en el 68'. A la Vicky Quevedo la conocí en Chile, en el trabajo. La Loreto Rebolledo llegó de Ecuador y entró al equipo. Mujeres exiliadas entraron a trabajar a nuestro equipo. Sonia Montecinos era parte de otro equipo y trabajaba en la Casa de la Mujer Mapuche en Temuco y no en la Escuela ni la Cooperativa. Sólo trabajamos junto a Kirai de León y Macarena Mack cuando hicimos las Historias Testimoniales de Mujeres del Campo.

Entonces estas son las experiencias más marcantes que te puedo decir yo que hubo en el Círculo y luego en el CEM. Nosotras nos

fuimos como afirmando en nuestra condición de mujeres que trabajábamos con el mundo rural y el campesinado.

- La Escuela y la Cooperativa.

Y el otro equipo trabajaba en la Casa de la Mujer Mapuche que duró hasta que fundamos el CEDEM en 1990.

- Y esa casa, ¿también funcionaba en el CEDEM?

Claro, pero en Temuco. En una sede en Temuco.

- ¿CEDEM tenía una sede en Temuco?

Sí, donde estaban Sonia y Angélica, las antropólogas y otras jóvenes mapuche...

- ¿En esas dos ciudades no más, estuvieron ustedes?

Sí, y cuando llegó la democracia en 1990 nosotras dijimos “pucha ¡fantástico! el Estado va a apoyar estas iniciativas”. Le escribíamos a todos los señores del FOSIS... cero. Pero yo conocí a Ricardo Lagos y a Luisa Durán con quién conversamos para armar una Fundación Artesanías Chile a nivel de la Moneda. Y armamos la Fundación Artesanías Chile, yo todavía soy del Directorio.

- La que existe hasta ahora.

Sí. Y toda estas personas de la Cooperativa se metieron a la Fundación, entonces muchos y muchas de ellas siguen vendiendo ahí sus productos, pero no en la lógica en que funcionaba el Almacén Campesino sino sólo a través de las ventas.

- O sea el antecedente de Artesanías Chile es éste.

Sí. Entonces fue una excelente solución porque se nos acabó la plata de los holandeses, Luisa Durán acogió esta experiencia súper

bien, y armamos esta nueva iniciativa y yo comencé a formar parte del Directorio mientras Angélica Wilson, que era de la Casa de la Mujer Mapuche, está hasta ahora en el equipo técnico de control de calidad. Entonces tenemos alguna incidencia todavía en eso no obstante quisiéramos poder tener algo más. Y esa un poco la trayectoria laboral, laboral y política. Tú me preguntaste porqué lo urbano y lo rural, hace un rato.

- Sí, porque tú tienes un foco en lo rural como en toda tu trayectoria, como si hubiera una fascinación con algo ahí.

Sí, no me muevo de ahí. El círculo, el CEM, eran mujeres de clase media como yo, urbanas... como decía un surrealista francés cuando más "el campo es el lugar donde los pollos se pasean crudos", en fin, algo así. No sabían demasiado que pasaba más allá de la frontera urbana, ...tal vez habían ido a Chiloé alguna vez. Y siempre me llamó la atención lo urbano y clase mediero que fue este país, pese a este desdoblamiento radicado en una matriz hacendal, rural, oligárquica que todavía creo pesa en las prácticas y en el imaginario nacional.

Nosotras éramos las que andaban con las viejas con los sacos de lana para arriba y para abajo mientras las economistas del CEM sobre todo privilegiaban a las trabajadoras urbanas, al mundo urbano, a la discriminación que se daba en las fábricas, en las oficinas, en los servicios...el mundo rural no existía. Entonces eso fue decantando en una separación cada vez más aguda, sumada por cierto a los caracteres de cada cual. Los métodos de trabajo eran distintos, nosotras estábamos con las viejas armando cooperativas, y lo otro era más de asesorías a sindicatos, de industrias. Ese es el punto yo creo que nos separó, más algunas neuras que cada una tenía...como siempre, entre las mujeres. La sororidad yo no la creo pero para nada, pues hay intereses distintos y creo eso pesa mucho más.

- ¡Yo tampoco! (Risas)

¡A veces hay una brujería ahí! Hay disputas entre mujeres, entre posiciones. Una vez las sindicalistas rurales...estábamos con la Julieta ¡nos echaron pero de combos! Eran los años en plena dictadura de

las sindicalistas contra las feministas, pero ¡atroz! El sindicalismo de principios de la dictadura era anti feminista porque el feminismo para ellos y ellas rompía la unidad de clase y todo esto. Igual que el discurso indígena.

- ¿Y ustedes se decían feministas?

Sí, sí. Claro que no íbamos al campo a decir “somos feministas”, me parecía una estupidez.

- Pero tú te entendías como feminista.

Sí, sí. Entonces, a poco andar, yo te diría que por el año 1995, cuando fue la Cuarta Conferencia Mundial de la Mujer, ¿cierto? A mí me pidieron -que fue clave eso, fíjate- me pidió el IICA/INDAP el 94 un estudio para evaluar cuánto avance había en el gobierno de Chile con respecto a la mujer rural. Entonces, las consultorías generalmente las hace una persona, y contrata asistentes y qué sé yo. Y yo hice todo al revés. Llamé a todas las viejas que conocía: sindicalistas, que eran de Confederaciones vinculadas al Partido Comunista y del Partido Socialista y la Confederación de la Unidad Obrero Campesina, la UOC, e hicimos un trabajo colectivo junto al equipo del CEDEM. Fue una labor muy importante dirigida a conocer cuántos avances había en las políticas públicas con respecto a las mujeres rurales y trabajadoras del campo. En este momento era directora del SERNAM Josefina Bilbao (para mí ha sido la mejor directora del SERNAM) y logramos una audiencia de parte de ella muy grande. Todos los resultados de este estudio los entregamos en la FAO, SERNAM, el INDAP, IICA y las mujeres de los Departamentos Femeninos de las Confederaciones y Sindicatos, mujeres de organizaciones mapuche asistieron en este momento a la entrega de este trabajo que no hablaba muy bien de los avances porque de verdad no los había, salvo aspectos menores referidos al crédito que se hizo extensivo a las mujeres rurales.

- Ya...

Estas cuestiones te incentivaban más a insistir en esto: que había mujeres en el campo, que había todo un mundo indígena, mestizo bastante ignorado. Y fue un éxito eso. Se hizo un Plan de Igualdad para las Mujeres Rurales en el SERNAM. O sea, tuvo algún impacto en política pública. Después se lo pasaron bastante por el aro, pero no importa. Y a raíz de esto nos fuimos acercando con las dirigentas de los Departamentos Femeninos de los grandes sindicatos y Confederaciones que habían llevado adelante la Reforma Agraria y toda la historia reciente. Y nosotros logramos en algún minuto juntar a todos los grupos colectivos, amistades que conocíamos por nuestra propia metida en el campo, más la gente de los sindicatos tradicionales. Y juntamos todo esto, en alianza con las dirigentas de los Departamentos Femeninos, que eran las que hacían el aseo, le hacían comida a los dirigentes hombres....., y todo eso. Se juntan en el año 98', cincuenta y nueve mujeres se juntan en Buin o por ahí, y deciden abandonar los sindicatos masculinos y se van. Le mandan un portazo a los viejos y chao. Y fundan ANAMURI.

- ¡Ahh, mira! ¡Ese es el origen de ANAMURI!

Claro. Entonces ahí hicimos un diario que se llamaba el Correo de las Mujeres del Campo, con las ANAMURI.

- ¿Eso en qué año, estamos?

Ehh... 98'. 97'-98'.

- Eran rurales e indígenas, ¿o no?

Después se sumaron las indígenas, porque primero se llamaba ANAMUR. Y después se puso la I.

- ¡Ah, mira!

Y ahora creo que es con inmigrantes también, y con afrodescendientes. Vamos sumando. Entonces la vida del CEDEM en 1990, en este período: nos vinculamos con los Departamentos Femeninos, las

mujeres abandonan los sindicatos masculinos, se arma el ANAMURI y ahí empezamos a trabajar de lleno con las ANAMURI nosotras, así ¡tacl! En asesorías, en que les llegan las platas de sus proyectos al CEDEM y nosotras se las transferimos, o sea cualquier tipo de colaboración. Y bueno, eso es el CEDEM hoy día, es un organismo chiquitito (porque no hay mucho financiamiento) que trabaja con el ANAMURI. Mis proyectos Fondecyt han estado ahí siempre.

- ¡Ah! tu institución patrocinante ha sido CEDEM, no la Universidad.

No, yo no he querido, salvo el último. Pero yo siempre he sido leal al CEDEM, o sea, a la Universidad me metí muy tarde, estoy a cargo de la Maestría en Geografía ahora.

- En la Academia de Humanismo.

Sí. Es que hay un grupo de geógrafos simpáticos ahí, jóvenes. Y además es latero para mí la Academia porque está mi marido ahí entonces...no (risas). No hay que meterse en el mismo espacio.

- ¿Era más un espacio de él, antes que tuyo? ¿La Academia?

O sea, él fue rector de la Academia en el dos mil... el espacio es de él, yo me metí de colá porque me convidaron unos geógrafos, si no, no me habría metido. Yo estoy tratando de soltar ya algunas cuestiones. Estoy tratando de meter a cabras más jóvenes en esta historia, estudios rurales, mujeres rurales. Y el interés en la Universidad pasa por la Escuela de Geografía más bien.

- Pero cuéntame un poco más de eso, porque este hilo rojo de lo rural, como en términos más personales ¿Por qué?, porque ya entiendo que hay un objeto de estudio que no estaba suficientemente abordado como temática, etc...

Pucha ¿cómo te puedo decir por qué? A ver, porque yo conocí a un geógrafo que se llamaba Rafael Barahona, que es muy inteligente, amigo de mi tío, que fue como un padre intelectual para mi...

son cosas muy personales que cuando eras cabra chica te influyeron esas cuestiones. Después tuve profes, en la escuela de geografía de la Chile, uno que había estado en Cuba y otros geógrafos que también me influyeron...

- Porque tu historia no es ésta, no es la del campo, ¿o sí? Tu historia así, personal.

Yo nací en una... hasta los 10 años estuve en una parcela en Conchalí, cuando Conchalí eran fundos y parcelas, no había ni una casa. Entonces me críe chica en medio de vacas, pollos, conejos, chanchos, caballos, gatos y perros....

- Ya, ok.

Y no es algo que me fascinara demasiado, porque yo veía que mi madre que tuvo cuatro hijos, se deslomaba haciendo kuchenenes, mermeladas, dulce de membrillo, matando chanchos, qué sé yo. No es que me fascinara el campo. Incluso yo pienso que las mujeres que están en el campo, las que se quedan en el campo, están jodidas porque el patriarcado... como dicen ahora las feministas jóvenes... el machismo en el campo, el incesto, la violencia... es brutal. No le tengo ninguna admiración desde el punto de vista sentimental al campo, es como un interés extraño. Hay un hecho que, fíjate, que me vino a la memoria hace poco tiempo. Yo entré al pedagógico a estudiar Historia y Geografía, ya, pero me cabrié con los cursos de Grecia, Roma, Egipto... me dio lata. Y me metí a una especialidad que venía naciendo en el Pedagógico, en Historia y Geografía, que era Arqueología. Y tomé todos los cursos de Arqueología que se me ocurrieron, iba a terreno, a excavaciones... y ahí sí que me apasioné por el pasado, me apasioné por la alfarería. Porque en una excavación me acuerdo que había en los túmulos de San Felipe, no sé, cincuenta túmulos que eran las tumbas de los antiguos. Y me tocó un túmulo con una pieza cerámica que nunca he borrado de mi memoria, Era una especie de calabaza con un hoyito. Ahí nos metimos a excavar con pinceles y ¡tac! saco un cacharro que era una calabaza, con un hoyito.

- Como donde se toma mate.

Claro. Y esa cuestión me quedó dando vueltas. Es más esta calabaza lo que me importa del campo, que mi experiencia con los pollos y las gallinas... es muy dura la vida en el campo, para las mujeres sobre todo, es horrible en no pocos aspectos. Entonces un poco esa frontera, entre que tienes algo que conoces del campo, pero hay algún gesto, alguna seña, algún guiño que te hace seguir la pista. O sea, por qué me gusta tanto...después te voy a mostrar la casa: ¡está llena de cacharros! porque cada vieja que conozco me regalaba un cacharro. ¡Mira mira!... esos son todos de la Olga Salinas de Pomaire, y le sé creo el nombre a todos de quién lo hizo...

Entonces son esas cuestiones más de gestos, de guiños. Pero yo no aprecio para nada la vida en el campo, me caen súper mal las vacas y los pollos, no es particularmente eso, es más bien... por qué lado lo agarraría yo (a propósito de esta calabaza que siempre estuvo ahí latente) aparentemente, es un poco por la resistencia femenina, por la capacidad de preservar oficios, por esta porfiada, testaruda memoria que tienen las mujeres. Un día yo voy, fíjate, a Pilén. Y estábamos hablando con las alfareras de Pilén de por qué ellas no elevaban la temperatura de cocción de los cacharros porque se rompían muy luego porque ellas las cocían a 600 grados celcius, y hay que cocerlas a mil para que no se rompan. Y estábamos en eso y a mí se me había ocurrido llevar un libro de Latcham, que se llama “La alfarería chilena”. Y empiezo a hojear el libro con las alfareras de Pilén. Y la Teresa Díaz, que es una muy buena alfarera, me dice “ése lo hacía mi mamá”... Era el jarro lagartija ¡Y como que me impresionó esta cuestión! El jarro lagartija...no me olvidé nunca más de eso. Porque ¡imagínate! te reconoce un dibujo, una mujer, cuya madre hacía ese jarro, y ella lo empieza a hacer, y lo empezamos a vender en la Cooperativa y el Almacén Campesino. Y el jarro lagartija, después de un tiempo de olvido, de desmemoria, de silencio femenino, reaparece y es recreado a raíz de una circunstancia muy fortuita que es llevar un libro al campo. Entonces esas son las cuestiones que me importan a mí, no las otras. Son cosas como que te quedan... como que tienen algún significado ¿no?

- Oye Ximena, mira, yo también te quiero preguntar desde mis propias inquietudes. Yo trabajo en un Fondecyt ahora, sobre, digamos, mujeres mapuches, aunque en realidad no es eso, pero más o menos, desde enfoques interseccionales, postcoloniales, postfeministas, y qué sé yo. Y una de las cosas que siempre llama la atención a propósito de lo tan de moda que se ha puesto el concepto de interseccionalidad, es un poco tirar los hilos para atrás de los trabajos interseccionales que ya se hacían, mucho antes de que este concepto se pusiera tan *in*. Bueno, me parece que tu trabajo es parte de eso ¿no? De lo que más o menos conozco, no sólo porque articula clase, raza/etnia y género, sino que también porque me da la impresión que logra visibilizar, poner en cuestión el sujeto homogéneo “mujer” ¿no? Estas cosas que decías del SERNAM, de lo poco consideradas que estaban las mujeres rurales en varias de esas políticas, etc. Pero al mismo tiempo que se logra articular una complejidad mayor de análisis, que no está sólo centrada en lo sexo-genérico, sino que también en la clase y la etnia, también me llama la atención la coincidencia en esa resistencia de la que hablabas con las mujeres populares, con las mujeres rurales, en relación al feminismo. Porque hoy día a mí me pasa un poco lo mismo con las mujeres mapuches, efectivamente. A pesar de que hay un grupo de mapuches jóvenes que coquetean con el feminismo, no sólo mujeres sino también disidentes sexuales, algunos artistas...o sea que también hay cosas que están pasando, que se están moviendo, no es así como “no al feminismo”. Pero me llama la atención esa continuidad en ambos casos, o sea como con investigaciones con años de diferencia, que tienen que ver con mujeres que no representan la norma de la femineidad, o de “la chilena”. Y te quería preguntar cómo te relacionaste tú con ese obstáculo, porque no es un obstáculo menor.

Cuando tú empezaste a leer trabajos feministas gringos... yo leí más a las franchutas en realidad. La categoría universal “mujer” nunca me acomodó. O sea no hay un universal mujer, hay una diferenciación enorme. Pero dentro de esta diversidad, de esta diferenciación, también hay un no tener capacidad de ver, que es lo que ocurría en Chile con toda la educación republicana que era una educación destinada

a ser chileno, a conocer la bandera, a aprender a izar esa bandera, aprender el himno nacional. O sea, constituir la identidad nacional, y no ver que había etnias, que había otros idiomas, que había géneros, etc. Entonces esa idea del universal mujer, de la homogeneidad, a mí siempre me molestó.

Hubo un movimiento acá... la convergencia socialista, ya ni me acuerdo cómo se llamaba. Íbamos mucho con la Julieta, y la Julieta con los nudos feministas con los partidos...era un poco darles vuelta a estos adobes, bodoques que tenía la narrativa política, los partidos, y toda la estructura republicana. Entonces, mi tendencia a andar por los bordes, es un poco eso.

- Pero cuando recibiste de vuelta desconfianza de parte de las mismas mujeres rurales, desconfianza en relación a la identidad feminista, ¿Cómo lograste sortear eso?

Ah, ¡porque yo me moría de la risa! O sea, los sindicatos son como un ladrillo, el discurso sindical es una cuestión terrible, igual que los partidos, y los grupos de cuadros, y toda esa cuestión. O sea, esos bodoques, esas cuestiones así... como que no tengo tolerancia fíjate, después de la experiencia maoísta, después de la dictadura...

- O sea te reías un poco de todo eso.

Me reía, sí. No me las tomaba en serio. Y ahora me río con ellas, que son las mismas, que ahora somos íntimas amigas.

¡Y las que pasé! Porque yo, cuando estaba Pinochet, como un escape yo creo, yo me las llevaba en Enquelga, Colchane, en el altiplano, iba mucho donde grupos y pueblos aymara. Y ahí sí que el discurso de los dirigentes era pesado.

- ¿Los o las?

Los. El feminismo era...¡atroz! ¡Era como Satanás!

- Ximena y la última pata de la conversa ¿Cómo ves en todas sus dimensiones, con toda su complejidad, con todo lo bacán que puede

ser desde una mirada feminista lo que está pasando? ¿Qué problematizarías tú? Más allá de celebrarlo digo...

Sí, ya está celebrado.

- ¿Qué problematizarías tú? ¿Dónde ves nudos de posibles cosas a retabajar, repensar, a desafiarnos como feministas en relación a lo que está pasando hoy día?

Las alianzas, las alianzas. La cuestión de clases me parece muy lamentable. O sea, esta Universidad de Chile, encerrada sobre sí misma, ponte tú. El encierro que hay hoy día es fatal. Y Faride Zerán nos pidió a un grupo de gente que escribiéramos sobre este feminismo, y yo lo que puse ahí es que el reto era abrirse: dialogar con las trabajadoras manuales, con las indígenas, con, qué sé yo, con todo el mundo. No encerrarse, abrirse a otras realidades.

- Pero qué te parece, si puedes explicar un poco más, esto de qué está encerrado en la Chile, qué es lo que ves ahí.

Es que no puedo tener otra vara que comparar con el año de la cocoa en que yo estuve en la Chile, que estudiaba geografía, que hacíamos terreno, íbamos donde los mapuches, sabíamos lo que era un campesino, sabíamos lo que era un obrero, sabíamos cuáles eran sus demandas, sus problemas. Te digo lo que me ha tocado a mí, porque mi experiencia es limitada.

- Sí, claro, por supuesto.

Qué quieren los Magíster de género: profesionalizarse, hacer artículos ISI, no sé qué...y para mí eso vale callampa. O sea, está bien para un académico, que tiene que seguir peleando a codazos ahí para quedarse. Pero en términos de movimiento social, si no entienden otros mundos...Esta A., que es dirigente del ANAMURI, fue ene veces a hablar con las cabras a la Universidad, a la UDP, a la Chile, a la de Santiago, como buscando establecer vínculos. Antes, en mis tiempos, se decía el Movimiento Obrero Campesino. Hoy día, es el ISI

y cómo le mando el codazo a la comadre de al lado para quedarme ahí. Entonces yo creo que hay que oxigenar un poquito la cosa y abrir la ventana, mirar la sociedad que habitamos. Que hay una sociedad que está devastada ambientalmente, que hay una precarización del empleo horrible, que a los inmigrantes les sacan la cresta y no les pagan nada, o sea, entender al país. Yo creo que eso es un reto importante, y que no es sólo la diversidad sexual y etc. Eso está súper bien, pero hay otras cosas también, hay problemas de clase, de etnia...

- ¿Te parece que el debate en torno al acoso sexual se ha cerrado en ese sentido a otro tipo de desigualdades, o a otro tipo de lecturas de la sociedad?

No, creo que hay grupos. Me compré el *Le Monde Diplomatique* ahora, que decía “Educación no sexista”. Y hay discursos de las cabras de la ACES más que nada, de las secundarias, que son más abiertos, no están tan centrados en el cuerpo. Ahora, ¿cómo compatibilizar esto que es tan importante que es el cuerpo, con la sociedad? Y en una sociedad que es jodido vivir, o sea, el 90 por ciento de la gente vive endeudada, precarizada... entonces abrirse un poquito a dialogar con otras experiencias, y no desdeñarlas. Yo hice un artículo en la *Revista Izquierdas*, sobre el proceso de ANAMURI. Sobre cómo estas ANAMURI sindicalistas, cuadradas de cabeza, estalinistas espantosas, comunistas, socialistas... hoy día hablan de feminismo popular anti-colonial. Entonces ese proceso hay que mirarlo también, porque eso es interesante. Y hay muchas mujeres en organizaciones locales que están más empoderadas que no sé qué, y que tienen un discurso que es feminista en el contenido, que disputan espacios de poder con los dirigentes hombres de su comunidad. O sea, hay un proceso que es mucho más amplio, diría yo, que el de las estudiantes, que es bueno sumarlo. Ahora, creo que las cabras se pasaron, que lo han hecho la raja, que si no es por ellas no pasa nada en este país. Si todos son feministas ahora en Chile (risas), es lo que puse en el artículo.

- Hasta Piñera.

Todos, todos. Entonces lo que han hecho, yo lo encuentro admirable. Que nunca nosotras logramos tener ese impacto porque entre que se oficializó el feminismo en el SERNAM y la institucionalización y antes la dictadura...No, las cabras se pasaron, con todas las rupturas internas. Mi nieta que está viviendo aquí ahora, es de Derecho de la Chile, y ahí me cuenta un poco los problemas que hay, cómo de un movimiento muy grande se quedó en 20 cabras o algo encerradas en sí mismas. Pero bueno, son las historias de los movimientos sociales no más.

- Son momentos.

No hay que ponerle tanta desgracia, digamos. Ya irán a inventar maneras de salir. No, yo lo encuentro extraordinario, si no es por las cabras ¡estaríamos más lateados del conformismo ambiente!